

# De jóvenes, redes digitales y utopías no resueltas

Delia Crovi Druetta

El propósito de este trabajo es reflexionar sobre las condiciones que acompañan y determinan las interacciones que los jóvenes llevan a cabo en las redes sociales digitales, a partir de los resultados generales obtenidos por la investigación del programa Ciencia básica SEP-CONACYT (2012-2017) “Jóvenes y cultura digital. Nuevos escenarios de interacción social” del cual fui responsable técnica. El estudio arrojó importantes datos empíricos sobre estos procesos los que fueron reportados en un libro anterior<sup>1</sup>, y como toda investigación, más allá de sus hallazgos globales sugiere temas y aspectos emergentes a profundizar mediante nuevos análisis. En este capítulo recupero algunos aspectos que no fueron tratados en los hallazgos globales, pero que a mi juicio merecen ser analizados en una obra como la presente.

Dividiré esta exposición en cuatro escenarios que considero sustantivos para referir las condiciones en que grupos juveniles de estudiantes urbanos, se apropian de los recursos de la digitalización, alimentando a partir de ellos la construcción de una cultura digital. Estos ámbitos son:

1. El contexto: modelo político-económico en el que surge la digitalización.
2. La emergencia de novedosos actores y objetos culturales, así como prácticas sociales que se concretan en una nueva dimensión espacio-temporal.
3. El ciclo de interacciones propuesto como cierre de la investigación referida, tratándolo ahora como turbina que permite repensar su dinámica.
4. Algunas utopías no resueltas.

En cada uno de estos escenarios, esbozaré aspectos que deberían tomarse en cuenta en el diseño de políticas públicas sobre juventud y cultural digital, por lo general poco explícitas en relación a estas prácticas.

---

1 Los hallazgos de la investigación Ciencia Básica SEP-CONACYT referida, se presentan en la obra: Crovi D. *et al.* (2016). “*Redes sociales digitales. Lugar de encuentro, expresión y organización para los jóvenes*”. México. UNAM-La Biblioteca. Por su parte, las reflexiones presentadas en este capítulo se desprenden de esa investigación, sin embargo, no son temas tratados ni forman parte del mencionado libro.

## 1. El contexto: modelo político-económico que sustenta la digitalización

Cuando en 1973 Daniel Bell menciona por primera vez la idea de una sociedad de la información abre una discusión que, retomada con fuerza a finales de los 90, busca dar un nombre a este tipo de sociedad<sup>2</sup>. Producto de esas reflexiones primero le llamarían de la información, para pasar posteriormente a denominarse sociedad del conocimiento o también, abarcando ambas ideas, sociedad de la información y el conocimiento. Para entonces la digitalización apenas iniciaba un voraz camino ascendente hacia su masificación, y una sociedad así denominada enunciaba un cambio social de buen signo, así como con muchos beneficios para los ciudadanos.

El proceso de digitalización consiste en el cambio del lenguaje analógico al digital, es decir, el paso generalizado hacia un formato binario y numérico. Se considera esencial en el desarrollo y puesta en marcha del proyecto sociedad de la información y el conocimiento, debido a que la digitalización está vinculada a la construcción de redes de contenido e intercambio; la disponibilidad de un amplísimo volumen de información; la oferta de una nueva dimensión espacio-temporal y la innovación constante de tecnologías. Tales transformaciones permiten señalar que ese proceso no sólo debe verse desde lo tecnológico, sino que debe comprenderse como el motor de cambios sociales diversos (educativos, laborales, industriales, de entretenimiento y ocio, entre otros), que han llevado al ejercicio de nuevas prácticas sociales y culturales.

Desde la mirada del campo de la comunicación, son notables cuatro antecedentes: la búsqueda de un Nuevo Orden Informativo Internacional iniciado en la década de los 70 con el fin de reorganizar los flujos noticiosos globales; la Conferencia Intergubernamental sobre políticas de comunicación en América Latina y el Caribe, San José, Costa Rica (1976); el diagnóstico “La informatización de la sociedad” (1978) de Alain Minc y Simon Nora que analizan en Francia la combinación telecomunicaciones con procesamiento informático de datos, reflexiones a partir de las cuales se acuña el término telemática; y el informe MacBride “Un solo mundo, voces múltiples. Comunicación e información en nuestro tiempo” (1980).

---

2 El término resurge en la década de los 90, siendo adoptado por diversos países y organismos internacionales. A partir de 1998, fue escogido primero en la Unión Internacional de Telecomunicaciones y ratificado luego por la Organización de las Naciones Unidas, ONU, para darle nombre a la Cumbre Mundial de Sociedad de la Información, realizada en 2003 en Ginebra, Suiza. Este nombre se repite en la segunda Cumbre llevada a cabo en Túnez en 2005.

Aunque hubo otros hechos destacados, para la comunicación son hitos que fijan su atención en un tema común: encontrar caminos para un flujo informativo más equitativo; así como analizar nuevos objetos y prácticas culturales que indican el surgimiento de un proceso complejo y multifactorial, de amplio alcance y repercusiones, que conocemos ahora como sociedad de la información y el conocimiento, modelo en el cual la digitalización cumple un papel fundamental. Mientras se abordaban estas preocupaciones específicas del campo, el mundo recibió en la década de los 90 al neoliberalismo, propuesta político-económica que ya venía gestándose, fundada en el desgaste del modelo anterior. El nuevo modelo, complementado con la globalización, conformaría el concepto globalización neoliberal, que lleva casi tres décadas de aplicación y del cual la digitalización es uno de sus ejes.

¿Por qué es importante ligar la digitalización con la emergencia del modelo neoliberal? Porque desde mi perspectiva los objetos tecnológico-culturales y las prácticas que los acompañan, canalizan y refuerzan algunas de las premisas de la globalización neoliberal<sup>3</sup>. Entre ellas destacan: privatización; liberalización-desregulación; desplazamiento del enfoque en las clases sociales hacia un interés por el individuo y la familia; una suerte de presente continuo en las prácticas sociales y sus consecuencias; así como el reemplazo de las tradicionales instancias de mediación social por otras de nuevo cuño<sup>4</sup>.

Respecto a la privatización, es factible afirmar que el sector telecomunicaciones, (salvo regulaciones puntuales y servicios públicos anteriores), ha quedado en manos del sector privado. Como sabemos, los servicios más empleados: telefonía móvil, redes sociales digitales, circulación y transferencia de datos, nuevas formas de distribución de productos audiovisuales, entre otros, están manejados por corporaciones empresariales con fuerte presencia en el sector telecomunicaciones.

En general los usuarios de Internet y redes sociales pocas veces tienen presente que sus interacciones se concretan mediante servicios ofrecidos casi exclusivamente por empresas con fines de lucro que determinan sus prácticas culturales. *Facebook*, *YouTube* y *Twitter*, así como *Instagram*, resultaron en nuestro estudio ser las redes sociales más usadas, sin embargo,

3 Al pasar a formar parte importante del modelo neoliberal, los medios tradicionales han hecho algo parecido: mediante acciones informativas y propagandísticas lo promueven, informan sobre sus ventajas y beneficios, sin explicar riesgos y desventajas.

4 Debido al enfoque de estas reflexiones, excluyo otros aspectos económicos precisos del neoliberalismo, como son pago puntual de la deuda externa, control de la inflación y control de los salarios.

pocos conocen sus estructuras empresariales e intereses. La misma invisibilidad técnica y económica que experimentaron las audiencias respecto de la radio, la televisión, el cine y en menor grado de la prensa, es palpable ahora frente a los recursos digitales.

Este desconocimiento es similar o mayor respecto a la legislación que regula este sector. La desregulación favorece al sector empresarial que maneja los nuevos medios, permitiendo una creciente concentración de estos servicios en pocos actores económicos. Destaca asimismo, la tendencia a liberalizar las normas laborales (algunas de las cuales se establecieron en la sociedad industrial), promoviendo tareas por obra determinada o *freelance*, que en general conducen a una irreversible pauperización del ámbito laboral.

Un elemento central que contribuye a la liberalización de las contrataciones laborales, se origina en la nueva dimensión espacio-temporal que ofrecen objetos y procesos digitales. El rompimiento de fronteras físicas y de la linealidad temporal, abren la posibilidad de trabajar, estudiar, relacionarse, entretenerse a distancia, lo que da una sensación de libertad, aunque posea también desventajas. El orden y organización del tiempo fomentado por la sociedad industrial, separaba en compartimentos diferentes las principales actividades sociales. Esta estructuración desaparece ante la posibilidad de conexión permanente que, aunque ofrece sensación de libertad, también genera dependencia a una práctica permanente de consulta informativa para mantener las relaciones sociales, laborales, escolares y otras de carácter afectivo o temático, concretadas mediante el uso de pantallas eslabonadas.

Estas pantallas múltiples se han convertido en un rasgo común entre usuarios jóvenes de objetos técnicos digitales, debido a que son parte de una generación que posee habilidades para hilvanar discursos provenientes de tabletas, computadoras, teléfonos inteligentes y un sinnúmero de novedosos productos, distinguiendo en su uso el más apto para cada actividad. La capacidad de integrar información dispersa, formando mosaicos informativos sobre su propia realidad, es sin duda una de las características que distingue a los grupos juveniles.

Si valoramos su magnitud social, Internet constituye hasta ahora un ámbito escasamente regulado, y a pesar de algunos intentos por legislarlo, su complejidad y reclamos sociales lo han ido postergando. Esto, sin embargo, no fue impedimento para que sus emisores padecieran algunas reacciones y persecuciones de sectores gubernamentales o privados. La telefonía móvil, otro de los pilares de la digitalización, cuenta por su parte

con un marco legal más sólido, producto de la competencia entre los operadores de ese sector, así como los reiterados reclamos de los usuarios que alzan sus voces para defender algunos derechos. En ambos casos se trata de medios nuevos con novedosos modelos de negocio en los cuales el más desprotegido es el usuario, de allí que no ha sido fácil que éste se defienda pero tampoco que el avasallamiento empresarial sea definitivo.

La complejidad técnica y el escaso interés por transparentarla, contribuye a que la liberalización del sector empresarial y la desregulación laboral deje su huella en las prácticas sociales. Es posible advertir esta impronta en la escasa perspectiva crítica que expresan los usuarios ante los nuevos medios, lo que puede conducir a la aceptación de las condiciones impuestas por sectores privados y gubernamentales como si fueran irreversibles.

Cabe agregar dos aspectos más que, desde mi perspectiva, surgen del modelo neoliberal en el que se asienta la digitalización: el fomento al individualismo y el impulso a una suerte de presente continuo. Mientras las sociedades anteriores tenían en las clases sociales uno de sus ejes para explicarse y reflexionar sobre sí mismas como colectividad, el neoliberalismo valora los mecanismos de competencia, desarticulando con ello la noción de trabajo común; asimismo, pondera el individualismo, desplazando ese centro de atención hacia los sujetos y la familia. Tal vez es por ello que en el estudio realizado, los jóvenes usuarios prefieren el uso individual de aparatos y recursos digitales, en los que despliegan preferentemente interacciones personales con sus pares acerca de temas y preferencias compartidas, pero no se insertan en grupos organizados. Respecto al presente continuo, la incertidumbre que conlleva un modelo flexible, desregulador y liberalizador de ciertas normas sociales, conduce a vivir pensando sólo en el instante vital. El futuro planificado donde antes se situaban metas esperables, ahora se traslada a un descontextualizado día a día, donde parece no registrarse antecedente y ni consecuente. Entre la contingencia diaria y un futuro incierto, los sujetos optan por vivir el momento, lo que les resta capacidad para analizar y hacer planes que vayan más allá de retribuciones inmediatas, si las hay. En suma, individualismo y presente continuo tejen una narrativa fragmentada de la vida misma y las relaciones sociales, relato social en el cual los recursos digitales son pieza clave.

Una reflexión especial merecen las redes sociales e Internet considerados como recursos para canalizar, y en ocasiones reemplazar, instancias de mediación social cuya fuerza en otros tiempos fue innegable: sindicatos, partidos políticos, organizaciones de la sociedad civil, algunos medios de comunicación, religiones y educación. Sin embargo, estas mediaciones

digitales carecen de elementos fundamentales para que tal reemplazo sea efectivo: organización, duración en el tiempo, fuerza legal y reconocimiento de sus interlocutores sociales o políticos. Es verdad que las expresiones en red dan lugar a agendas temáticas que pueden o no trasminarse a otros medios y otras instancias, pero también es cierto que como dicen los propios estudiantes que fueron consultados en el estudio realizado, pocas veces sus movilizaciones en red llegan a concretarse en acciones de corte legal o en cambios específicos planteados en alguna demanda. De sus propias respuestas se deduce también que son pocos quienes planifican sus interacciones para que se desarrollen tanto en el ciberespacio como en el espacio físico. A pesar de su pericia para moverse sin rompimientos entre ambos entornos, en general se decantan por la comodidad de la expresión virtual.

En este contexto, para devenir en nuevas instancias de mediación social, las redes sociales e Internet deben aún recorrer un largo camino si quieren compartir con otros actores esferas tan destacadas de articulación social. Esta trayectoria deberá considerar organización, permanencia en el tiempo, dominio de los temas que se expresan y reclaman, una dialéctica efectiva entre espacio virtual y físico, así como el desarrollo de habilidades digitales que permitan sacar el mayor provecho de los recursos disponibles y los que constantemente aparecen como producto de las innovaciones tecnológicas. Ello no implica negar a las redes digitales la capacidad de articular otro tipo de acciones, como es la creación de agendas, la interlocución entre sujetos y grupos, el apoyo a movimientos sociales, así como la organización de encuentros y eventos diversos. Pero sus virtudes de fácil acceso, disponibilidad relativamente abierta y volumen informativo descomunal, están acompañadas por la fragmentación de contenidos y su fatal volatilidad.

## 2. Novedosos objetos y prácticas culturales emergentes en un nuevo espacio social

Las prácticas sociales que emergen de la digitalización han estado regidas por políticas públicas que buscan el acceso para lograr el ansiado modelo de una sociedad de la información y el conocimiento. No obstante, se han descuidado otros dos pasos del proceso de incorporación tecnológica: el uso y la apropiación.

Una de las premisas de los organismos internacionales ha sido lograr el acceso universal, meta aún inconclusa pero que ha merecido el interés de diferentes gobiernos nacionales, lo que les ha llevado a desarrollar desta-

cados programas para dotar de tecnologías a todos por igual. Esta postura tecnodeterminista ve en la provisión de recursos técnicos la solución a muchos problemas y el camino hacia una sociedad de la información y el conocimiento. Aunque en las primeras propuestas sólo se hablaba de brechas digitales, no pasó demasiado tiempo antes que la UNESCO advirtiera que existen también brechas cognitivas, resultado de condiciones educativo-culturales inequitativas. Superar las brechas cognitivas existentes es un desafío mayor por cuanto atañe a las políticas públicas nacionales de cultura y educación, no obstante, constituye el único recurso para ir más allá del manejo de lo técnico, formando usuarios capaces de moverse en el nivel de las significaciones. A pesar de la identificación de esta dimensión, es poco lo que se ha hecho para conocer mejor las rutinas de uso de las nuevas tecnologías, análisis y acciones que podrían dotar de insumos a las políticas públicas que buscan detonar procesos de digitalización para el cambio social.

Junto con las políticas públicas, como ya lo señalé, las prácticas cotidianas de los usuarios de los nuevos medios digitales, permiten visualizar y ejercer una dimensión espacio-temporal de doble sentido. Por un lado, la interlocución con lugares remotos y el uso de tiempos sincrónicos o asincrónicos para interactuar, concretan las metas de la globalización neoliberal; y por otro, conducen a los usuarios a una ruptura importante con sus prácticas anteriores, lo cual les exige un nuevo orden y jerarquización del espacio y el tiempo. La sensación de libertad ofrecida por estos medios, materializada en pantallas eslabonadas, socava otras prácticas reguladas por horarios y lugares: la escuela, el trabajo, la organización de actividades personales cotidianas, los encuentros sociales, entre otras. Aunque esta situación abre la posibilidad de convivencia entre la vieja y la nueva propuesta, debido a que no todos los sistemas sociales han dejado atrás lugares y horarios, son muchos los usuarios que están experimentando una vida activa libre de las ataduras que suponen las antiguas normas de espacio y tiempo.

Esta nueva dimensión permite explorar otras realidades, confrontarlas con las propias, estar informado sobre recursos o decisiones de otras latitudes y tiempos. Como resultado, se crea una apetencia por lo lejano que se superpone con lo cercano: estar con amigos y familia, pero conectados con interlocutores ausentes en lo real, presentes en lo virtual. Entre los adultos este es tal vez el reclamo más recurrente: la preferencia juvenil por lo virtual y el desinterés por lo presencial, un tema a profundizar.

A los nuevos medios y prácticas sociales se suman, entre otros, dos elementos dignos de ser señalados: la búsqueda de conocimientos paralelos

para lograr ser funcional en el mundo de la digitalización, generalmente de manera extracurricular; y la posibilidad de convertirse en emisores emergentes a partir de sus ventajas.

Tanto en el estudio que realizamos sobre jóvenes y cultura digital, como en trabajos anteriores del mismo equipo de investigadores<sup>5</sup>, surgen resultados que indican que el desarrollo de habilidades digitales rara vez se lleva a cabo en la escuela. Allí se fomentan los primeros contactos con ciertos aparatos y ejercicios de uso, pero son los pares (amigos, parientes, conocidos, colegas) los que les comparten el conocimiento digital y luego mediante la experimentación, desarrollan habilidades en el manejo de los diferentes objetos técnicos que aparecen. Algunos, los menos, asisten a cursos. Este es un vacío a llenar: los sistemas educativos deben tomar en sus manos el desarrollo de habilidades digitales si queremos, al final del camino, construir una sociedad de la información y el conocimiento basada en recursos digitales que propician el trabajo colaborativo en red, así como señalar posibles caminos para la selección y jerarquización de la información disponible.

En cuanto a los emisores emergentes, cabe señalar que Internet primero y más tarde las redes sociales digitales, permiten que en potencia quienes tienen conexión, puedan emitir contenidos. Esta búsqueda de décadas, en el ámbito de los medios tradicionales tomó el atajo de pequeños espacios de réplica o respuestas, pero nunca alcanzó el ideal del Emi-Rec (Cloutier, 1975), o sea de roles intercambiables que permiten una comunicación dialógica. En distintos niveles, la educación incorporó la posibilidad de contar con sus Emi-Rec con el fin de captar opiniones, realizar tareas participativas, consolidar algunas líneas de pensamiento o acción entre profesores y estudiantes. Por su parte, las organizaciones sociales, educativas y privadas, ensayaron desde los inicios de la *www* ocupar espacios de emisión para presentar sus logros y objetivos con el fin de alimentar procesos de comunicación dialógicos. Asimismo, los propios sujetos presentan contenidos diversos en los que canalizan sus perspectivas personales, haciendo uso de recursos digitales y de la apertura que ofrecen las redes para contar con espacios personales de expresión.

En sus propuestas de retorno, los medios de comunicación tradicionales ofrecieron diferentes modalidades, pero en ellas la capacidad de dialogar casi siempre ha estado circunscrita a ciertos parámetros establecidos

5 Pueden consultarse los trabajos de Covi, D. (2013), *Jóvenes y apropiación tecnológica. La vida como hipertexto*. México: UNAM-Sitesa Ediciones; y Garay, L.M. (2009). *Tecnologías de información y comunicación. Horizontes interdisciplinarios y temas de investigación*. México: UPN.



por los propios medios. La posibilidad que ofrecen los recursos digitales de abrir espacios para que todos, hipotéticamente, puedan ser emisores emergentes, se consolidan en nuevas formas de expresión como periodismo ciudadano<sup>6</sup> o el confuso término de posverdad<sup>7</sup>.

El periodismo ciudadano se concibe como un ejercicio informativo mediante el cual se crea conciencia ciudadana, se proponen temas o problemas que construyen agenda y se abre la posibilidad de diálogo con los medios de comunicación, el poder y las audiencias. Es posible afirmar que este tipo de ejercicio ciudadano no sólo es alternativo a los discursos hegemónicos, sino que amplía la mirada sobre los hechos sociales, al tiempo en que se construye a sí mismo como interlocutor.

En cuanto a la posverdad, la aceptación del término no es unánime y las conceptualizaciones son muchas. En general se le interpreta con un ejercicio para modelar la opinión pública, en el cual los hechos objetivos tienen menor valor que las creencias personales o las apelaciones emotivas. Aunque ambos conceptos, periodismo ciudadano y posverdad, parecen sugerir una ampliación de puntos de vista diferentes a los de las agendas hegemónicas, en realidad mientras el primero retoma al sujeto y lo empodera para informar sobre su contexto; en la posverdad se empodera a los sentimientos, las apreciaciones e interpretaciones personales, convirtiendo a la información en un recurso aún más maleable de lo que ha sido hasta ahora.

Los hallazgos del estudio al que estoy haciendo referencia, muestran una fuerte tendencia a la socialización en redes sociales, además indican la aplicación recurrente de un modelo difusionista que amplía la cobertura de la información. Esto permite pensar que tal vez la característica preponderante de estas redes es ser un medio para socializar, al que le estamos pidiendo más de lo que le es posible dar. No obstante, también es aceptable inferir que pueden canalizar habilidades de interacción de los usuarios hacia otros temas de interés personal o social, que cohabitan con lo que

6 Concibo al periodismo ciudadano como un ejercicio informativo mediante el cual se crea conciencia ciudadana, al tiempo que se proponen temas o problemas que construyen agenda y abren la posibilidad de diálogo con los medios de comunicación, el poder y las audiencias.

7 Hay muchas conceptualizaciones de posverdad, algunas de las cuales son contradictorias debido a que es un tema aún en discusión. La Real Academia Española (RAE) lo incorporó a su diccionario a finales de 2017, en tanto que el de Oxford la define como: “relativo a las circunstancias en las que los hechos objetivos influyen menos a la hora de modelar la opinión pública que los llamamientos a la emoción y a la creencia personal” (2017).

preferentemente hacen los jóvenes ahora: desarrollar conversaciones amigables en línea, repetir y dar *like* a contenidos de otros.

Este conjunto de emisiones es casi inabarcable y adquiere características diferentes: no todos buscan establecer una comunicación dialógica, no todos son Emi-Rec, en realidad son muchos los que reproducen el modelo de difusión en sus contenidos sin esperar establecer el diálogo que posibilita la digitalización. Los resultados del estudio del cual parten estas reflexiones, muestran que los jóvenes consultados son sobre todo repetidores, les gusta conversar en red, replicar mensajes de los otros y convertirse en sus difusores. Aun cuando podamos aceptar que la misión central de las redes sociales digitales es ser una suerte de megáfonos modernizados, digitalizados y recargados para otras funciones, repetir mensajes de otros también puede indicar un vacío de contenidos o dificultad para expresarse.

¿Es esto acaso el resultado de políticas de silencio, aislamiento y censura aplicadas a los ciudadanos? ¿Es producto de una educación deficiente que no enseña a decir, reclamar, expresar, compartir? ¿O será acaso que estamos ante la necesidad palpable de desarrollar habilidades que vayan más allá de manejar objetos técnicos, instalándose en el saber decir, en la expresión y la opinión?

Muchas veces vemos con inquietud que desde el anonimato que dan los seudónimos o nombres creados para las redes, se expresan agresiones, ataques devaluatorios o amenazantes. Si como afirma Javier Echeverría (2000) las redes son un nuevo espacio social, podemos esperar en ellas actitudes y expresiones que van del amor al odio, de la adhesión al rechazo, del gusto al disgusto, mismas que se dan también en el mundo real. Por ello, será difícil sino imposible, erradicar expresiones negativas en las redes, porque como todo espacio social incluye a una variedad enorme de sujetos que siendo diferentes, buscan armonizar pero también discrepar o agredir.

No obstante, la oportunidad única que ofrecen los medios digitales de una comunicación dialógica, libre de fronteras geográficas y temporales, es aún un tema para conocer mejor y capacitar para hacer uso de estos beneficios. La interacción vista como una ruptura del aislamiento es, a mi juicio, una práctica a trabajar que permitirá, aunque sea lentamente, abonar un camino de mayor respeto hacia los demás y sus opiniones. También es asignatura pendiente dosificar presencia y virtualidad, para no perturbar diálogos presenciales que exigen compromiso y atención, con mensajes virtuales que tal vez puedan esperar por sus propias condiciones de sincronía y asincronía.

Cuando Leontiev (1978) y Vigostky (1976) trabajan sobre la teoría de la acción, lo hacen viendo el surgimiento de nuevos e importantes objetos técnicos. Estas propuestas, miradas desde el campo de la comunicación, refieren un entorno en el que los medios que hoy día llamamos tradicionales, iniciaban su despegue. Lejos estaban estos autores de prever lo que sucedería varias décadas después con los productos de la digitalización que se renuevan permanentemente y amplían de manera constante los servicios que brindan a los usuarios, siempre orientados por un modelo inequitativo cuyo fin es la obtención de ganancias.

Lo importante del punto de vista de estos autores, es que no sólo miran el desarrollo técnico, sino que enfatizan las prácticas sociales que acompañan a esos objetos y su significado. Si entendemos por tecnología a un producto científico destinado a resolver un problema o desafío para lo cual emplea instrumentos, métodos y técnicas, encontramos sentido a las afirmaciones de Leontiev y Vigostky. No se trata sólo de desarrollar objetos con un fin predeterminado, sino del ejercicio de procedimientos complejos que involucran sentidos y significados. Esta mirada de un cambio cultural originado en los objetos técnicos, sus prácticas y significaciones, nada tiene que ver con la postura tecnodeterminista que propone y desarrolla proyectos o políticas donde la sola innovación tecnológica es capaz de resolver problemas y rezagos. Las actividades de los sujetos están, hoy más que nunca, permeadas por innumerables productos técnicos y pantallas múltiples encadenadas. No obstante, el cambio cultural que propician no se agota en esos recursos: apenas inicia en ellos como vehículos para desarrollar, crear, modificar contenidos y prácticas sociales.

### 3. Ejes para repensar el ciclo de interacciones

Los hallazgos de la investigación “Jóvenes y cultura digital. Nuevos escenarios de interacción social”, nos llevaron a proponer una figura, el Ciclo de interacción, que reúne elementos centrales de tales interacciones digitales detectados en el trabajo empírico (ver Figura 1). En este Ciclo de interacción se tipifican los intercambios predominantes entre los jóvenes consultados: inicia en quienes sólo visualizan contenidos (Discreto), pasando luego a quienes visualizan un mensaje y lo trasladan (Selectivo), después a quienes modifican aunque sea escuetamente un contenido y lo trasladan (Enlace), finalmente en una escala que valoramos como superior, están quienes crean (Comunicativo). Si bien su representación gráfica nos dice esto, en realidad el ciclo fue concebido como una turbina en la que ingresan elementos activos que dan fuerza, poder y movimiento a

las interacciones. Así, por impulso del resto de los actores y del entorno, quienes desempeñan un rol pueden pasar a otro, o simplemente optar por papeles diferenciados según tema, ocasión, personajes y hechos en los que interactúan.

Figura 1. Ciclo de interacción



Fuente: Covi, D. (2016).

Debido a que toda interacción, presencial o virtual, es grupal y por ello se lleva a cabo entre sujetos, implica poner en juego la identidad personal que también es relacional. Por ello, tal como ocurre cuando nos vinculamos con los demás en actividades presenciales ante circunstancias diversas, en las redes digitales los jóvenes interactúan condicionados por las circunstancias y desplegando diferentes matices identitarios.

Encontramos que las interacciones que los jóvenes desarrollan en sus redes sociales pueden tener mayor o menor vigor según el tema tratado y sus intereses personales. Esto no representa ninguna novedad, ya que históricamente los receptores escogen a sus medios según esos mismos parámetros, elementos que les permiten construir su identidad personal y fortalecer su ideología, entendida como visión del mundo.

Gilberto Giménez (2010) considera que las identidades individuales surgen de un proceso subjetivo y auto-reflexivo, mediante el cual los sujetos en un entorno social situado, definen sus diferencias y les auto asignan atributos culturales, los cuales son relativamente estables en el tiempo y revisten valor para ese contexto. Giménez agrega que es indispensable que

el sujeto añada a esos elementos, su auto identificación. Desde esta perspectiva, la identidad constituye un proceso relacional del sujeto con su entorno social y significativo, en medio del cual adopta una postura personal que lo distingue y autodefine.

A partir del escenario descrito, cabe destacar que los procesos educativos pueden tener la capacidad de promover movilidad entre las interacciones en red, haciendo a algunas más intensas con el fin de que aumenten su impacto social. O dicho de otro modo, no debemos conformarnos con una interactividad que se quede, preferentemente, en el diálogo entre amigos (virtuales y reales); que explore únicamente relaciones sociales o que sólo esté destinada a copiar sin decir nada nuevo. Quien sólo visualiza contenidos en red, mediante acciones educativas adecuadas puede ser potenciado hasta convertirse en un creador de mensajes sobre determinados temas que sean de su interés.

En el círculo exterior de la figura se indican algunos elementos del entorno que inciden en el sujeto que es discreto, selectivo, enlace o comunicativo. Frente a algunas actividades o temas de la vida cotidiana, ellos pueden permanecer sólo expectantes, pero ante otros mediante procesos educativos planificados, se les puede dotar de mayor capacidad expresiva y de interlocución. No se trata, sin embargo, de crear habilidades instrumentales que induzcan a lograr efectos predeterminados, sino de dar herramientas de expresión, capacidad de diálogo, argumentación, así como habilidades digitales.

El desarrollo de habilidades expresivas y argumentativas, debe ser tarea de distintos niveles educativos, desde los iniciales a los profesionales. Entre los profesionales, tanto las carreras de comunicación como la formación en otras disciplinas afines o no, tienen ante sí el reto de fortalecer esas capacidades creativas y dialógicas que permitirán a los usuarios beneficiarse de las potencialidades de las redes digitales.

Aunque los contenidos sigan estando condicionados por las preferencias de los usuarios, dotar de capacidades expresivas es fundamental para impedir que se limite, como ha sucedido hasta ahora, el verdadero desarrollo de una sociedad de la información y el conocimiento basada en el trabajo colaborativo en red y en el gran volumen de información disponible. Sabemos que este tipo de sociedad ha demostrado hasta el momento ser inequitativa y reproductora de las condiciones materiales de exclusión existentes, pero si pensamos en este modelo social con la intervención de sujetos formados para interpretar, jerarquizar y reflexionar en torno a los insumos informativos, podría evitarse que muchos líderes de las redes sean

sólo reproductores de contenidos comerciales o colonizadores de un nuevo escenario de esparcimiento.

La evolución de las redes digitales y su importancia social están dando lugar a algunos movimientos que buscan certificar que las fuentes informativas sean sólidas, confiables, y con ello detener la difusión de mensajes socialmente perjudiciales. Las propias empresas dueñas de esas redes intentan, de manera incipiente, acciones para separar verdad de ficción o falsedad; fuentes solventes de otras que no lo son; certificar contenidos y quitar otros. Estas acciones pendulares pueden ser un camino hacia la censura, pero también hacia la creación de normas de convivencia en este nuevo espacio social, que sin duda son necesarias para seguir gozando de sus beneficios y acotando sus excesos.

La educación parece ser siempre el camino más largo, pero también en ocasiones aparece como el único capaz de desarrollar condiciones para esa convivencia social. Por ello considero que debe tomar en sus manos el desarrollo de recursos educativos capaces de hacer que los jóvenes sean más activos, abandonen el aislamiento e interactúen en beneficio de causas propias y sociales necesarias. La meta es que se muevan desde la comodidad de la repetición hacia un escenario más pleno de organización, expresión y encuentro.

#### 4. A manera de cierre: utopías no resueltas

Eduardo Galeano define a la utopía como un horizonte: en la medida en que nos acercamos, se aleja. El mundo digital, concebido como nuevo espacio social, está plagado de utopías, de horizontes hacia los cuales avanzamos pero que son esquivos y se hacen cada vez más complejos. Cierro estas reflexiones mencionando sólo algunas de esas utopías sobre las cuales es necesario seguir indagando a fin de conjurar su olvido: el equívoco del tecnodeterminismo; las características efectivas de la cultura digital juvenil; la calidad de la participación social digital; y la tarea indispensable de seguir enlazando voces.

Reitero la necesidad de descartar la visión tecnodeterminista, utopía fundamental que considera que la sola provisión de aparatos/acceso, sustituye la complejidad de un proceso en el que el uso y la apropiación de las tecnologías digitales son parte de un plan personal y social para lograr un cambio cultural. Este complejo proceso va más allá del acceso, ya que comprende las preferencias de los sujetos, sus acciones, pero también su marco de significaciones, así como prácticas determinadas por factores diversos que no excluyen sus propias condiciones materiales de vida. Mientras las

políticas públicas sigan sin considerar los procesos de uso y apropiación de las innovaciones tecnológicas, y partan de la idea falaz que sostiene que es suficiente dotar de muchas tecnologías para lograr un cambio cultural y promover el progreso, estaremos alejándonos de un horizonte de transformaciones sociales y culturales posibles.

Buena parte de los programas públicos con empleo de tecnologías digitales que no alcanzaron sus metas, quedaron trancos o se suspendieron, tuvieron una inconfesable mirada tecnodeterminista. No obstante, para quienes trabajan con estos recursos digitales de manera directa, está claro que esos procesos son multifactoriales y un mismo programa puede arrojar resultados diferentes según su entorno. Estas experiencias revelan que en todo proceso de acceso, uso y apropiación tecnológica, existe un sujeto situado, con un contexto que lo condiciona mas no lo determina (Lèvy, 1999).

La calidad de la participación es otra de las utopías no alcanzadas. Las redes dan la posibilidad de participar, de abandonar el aislamiento para abrirse hacia los demás con la meta de dialogar, expresarse u organizarse. Sin embargo, entre los jóvenes consultados en el estudio sobre cultura digital existen aún muchas dudas acerca de si ellos mismos (que no se reconocen como nativos digitales), son parte de una cultura digital. Es posible que perciban carencias en materia de habilidades digitales, pero también de un capital social y cultural adecuado para argumentar sus mensajes o defenderlos desde una racionalidad fuerte y responsable, sin dudas e incertidumbres. Por eso usan menos *Twitter* y se entregan más al diálogo entre pares en *Facebook*: escogen proximidad afectiva frente a responsabilidad argumentativa. No se perciben preparados para dialogar, replicar u objetar en situaciones en las que deben respaldar sus posiciones frente a otras. ¿Un problema de las redes sociales? En principio no, las redes son sólo el espacio en que se manifiestan estas carencias: todo apunta a los rezagos educativos que atraviesan muchas capas de la sociedad, entre ellas la calidad de la participación, de la organización y expresión en redes digitales.

Mientras las políticas públicas sobre juventudes estén equivocando su punto de partida, según el cual los jóvenes no sólo son conectivos sino activos permanentes en la producción de contenidos en red, capaces de intrigar desde esos ámbitos ante el orden establecido, se están alejando de su propio horizonte utópico. Esos jóvenes, en realidad, participan más repitiendo que creando y lo hacen sin sentirse seguros de formar parte de una cultura digital. En esta generación, como en todas las precedentes, la juventud sólo lucha contra sus raíces parentales y el orden social establecido, sin el fin de abolir lo existente, sino con el propósito de posicionarse como una nueva generación que alienta cambios y busca crear un entorno favorable

a sus prácticas. Es mediante estos procesos que los jóvenes construyen su identidad personal y buscan pequeñas transformaciones sociales. No son las grandes revoluciones, son apenas cambios coyunturales que los hacen sentir más cómodos con su tiempo, usando su propio marco de significaciones.

Pero también hay que alertar sobre una suerte de placebo de participación: aquella que anida sólo en las redes, dejando fuera 'el afuera', el espacio social real. Dar *like* o repetir implica compromiso limitado con la actividad o tema en el ámbito físico, también les lleva a quedarse entre gente que piensa igual, sin dar un paso al frente para lograr un cambio o al menos expresar una idea. Si bien muchos *likes* y retuits pueden crear tendencias y posicionar temas en la agenda pública, son interacciones que aluden a un compromiso social exiguo y una actitud vaga en el proceso de abrir el encierro. Por ello no están a la altura de ser considerados un emisor emergente, ellos mismos piensan que no dan la talla para ese ejercicio, lo cual conduce a una especie de renuncia, de claudicación en la defensa de ideas personales y de las posibilidades propias de las redes.

Finalmente, ¿enlazar voces es una tarea menor? La mayoría de los jóvenes que participaron en nuestro estudio son reproductores de contenido ajeno, se adscriben al modelo difusionista, pero cabe preguntarnos por qué sucede esto. ¿Será acaso que las redes con su liviandad y brechas que crean exclusiones tienen como misión fundamental repetir y con ello crear corrientes de información que se acercan como olas a las agendas públicas pero rápidamente se retraen ante nuevas olas y nuevos sucesos?

Este mecanismo hilvana con la idea ya expuesta sobre un presente continuo, sin antecedente ni consecuente, que lleva a saturarnos de hechos, algunos de los cuales se quedan en las agendas públicas y su discusión, en tanto que otros, como las olas, se repliegan volviendo a un incommensurable mar de informaciones. Mientras los medios de comunicación tradicionales, por condiciones de producción y costo, tienden cada vez más a hacer pasar ese mar de informaciones por el embudo de la reiteración y la redundancia, en las redes puede ocurrir lo contrario: fragmentación y caos que no permiten eslabonar sucesos, argumentos y actores.

Los jóvenes participan, pero lo hacen en un círculo acotado de amigos *like* o reales, y reducen sus temas a preferencias también acotadas a sus gustos personales y de los interlocutores. Esta circunstancia permite pensar que tal vez estemos lejos aún de contar con un número mayor de jóvenes creadores de contenidos que amplíen las agendas y les den continuidad. Algunos se han convertido en ciberactivistas o en líderes de las redes que comercializan sus potencialidades, pero aún es reducido el grupo.



La vida sin duda está hecha de temas banales que se interceptan con grandes metas y relatos. Hasta el momento las redes sociales digitales parecen albergar a todos. Como nuevo espacio social tienen las condiciones para replicar en el ámbito digital, abrirse a voces nuevas, presentar discursos repetitivos y otros originales, están también los mensajes que deberían callarse o los que habría que mostrar mejor, todos abordando pequeños y grandes temas que según cada historia personal pueden ser sustantivos o no.

Tal vez la utopía mayor, la más abarcadora, es pedirle a las redes sociales digitales y los sujetos que interactúan en ellas, condiciones que no hemos podido alcanzar durante muchos siglos en el espacio físico. En realidad esta es una utopía del hombre buscando un mejor entorno, una sociedad más equitativa, condiciones de vida más humanas y por ello es un horizonte que, con redes digitales o sin ellas, siempre se nos escapa.

## Bibliografía

- CONFERENCIA Intergubernamental sobre políticas de comunicación en América Latina y el Caribe, San José, Costa Rica (1976). Declaración de San José. Nueva Sociedad No. 25, julio-agosto 1976, pp. 116-139. Recuperado de [http://nuso.org/media/articles/downloads/251\\_1.pdf](http://nuso.org/media/articles/downloads/251_1.pdf)
- CLOUTIER, Jean (1975). *L'Ere d'Emerec*. Montreal: Presse de l'Université de Montréal.
- ECHEVERRÍA, J. (2000). *Un mundo virtual*. Barcelona: De Bolsillo.
- GIMÉNEZ, G. (2010). *Cultura, identidad y procesos de individualización*. México: IIS-UNAM. Disponible en: [http://conceptos.sociales.unam.mx/conceptos\\_final/625trabajo.pdf](http://conceptos.sociales.unam.mx/conceptos_final/625trabajo.pdf)
- INFORME MacBride (1980). *Un Solo Mundo. Voces Múltiples. Comunicación e Información en nuestro tiempo*. Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, UNESCO, México, Fondo de Cultura Económica.
- LEONTIEV, A. (1978). *Actividad, conciencia y personalidad*. Buenos Aires, Argentina: Ediciones Ciencias del Hombre.
- LÈVY, P. (1999). *Cibercultura. La cultura de la sociedad digital*. Barcelona: Anthropos.
- NORA, S. y A. Minc (1980). *La informatización de la sociedad*. México. Fondo de Cultura Económica.
- VIGOSTKY, L. (1976). *El desarrollo de los procesos psicológicos superiores*. Barcelona, España: Editorial Crítica S.L.